

MANIFIESTO DEL FAIR

Forum pour d'autres indicateurs de richesse
Foro para otros indicadores de riqueza

Diciembre de 2008

**De la sociedad del “mucho tener” para algunos
a una sociedad de bienestar sostenible para todos**

Son necesarios otros indicadores, ¡construyámoslos juntos!

1. Estado de crisis, la transformación es urgente

Año tras año, los desajustes ecológicos, sociales y económicos se han anclado de forma sistémica y siguen intensificándose. La crisis financiera, puesta en el primer plano mundial en realidad sólo es la cara más visible por ahora de las múltiples crisis estructurales que someten desde hace tiempo a algunos pueblos del mundo a situaciones de precariedad extrema y a dramas humanos, en un contexto en el que se agravan las desigualdades.

En apenas unas décadas el exacerbado desarrollo productivista de algunos países del mundo, las embestidas del capitalismo de los excesos, la devoción por la liberalización económica y el individualismo, nos han llevado a un severo balance:

- un 20% de la población mundial utiliza el 80% de los recursos naturales;
- la pobreza extrema perdura en el corazón mismo de una sociedad de abundancia, como lo refleja claramente la crisis alimentaria mundial;
- los comportamientos depredadores y las lógicas belicistas de una parte de la humanidad han destruido bienes comunes básicos y han puesto entre la espada y la pared a pueblos y planeta.

Con las palabras de Gandhi ilustramos los hechos: *“La tierra proporciona suficientes recursos para satisfacer las necesidades de todos, pero nunca habrá lo suficiente para satisfacer la codicia de unos pocos.”*

Lo que no había previsto Gandhi es que el desarrollo de las actividades humanas en su forma actual provocaría un perjuicio tal a los bienes comunes en general y a los recursos naturales en particular, que el propio porvenir del planeta, y todavía más el de la humanidad, también resultaría hipotecado.

Basta el ejemplo del cambio climático y las migraciones forzadas que genera (más de 230 millones de personas tendrán que desplazarse de ahora a 2050, según las previsiones de las instituciones internacionales) para demostrarnos que las crisis están estrechamente relacionadas; que la solución no está sólo en un mejor reparto de las riquezas en un mundo de

crecimiento ilimitado, sino en la invención de nuevas fórmulas sociales, ecológicas, económicas y democráticas para que perdure la historia colectiva.

Hoy el auténtico riesgo (incluso ya realidad) radica, por lo menos para algunas regiones del mundo, no sólo en la falta estructural de bienes y servicios, sino la privación definitiva de algunos recursos básicos (como suelos sanos, agua, aire respirable, etc.) que hasta hoy se consideraban inalterables y un derecho intrínseco de ser humano.

Nosotros constatamos ya su límite, incluso la pérdida definitiva de algunas riquezas naturales, lo que significa que legaremos a las generaciones emergentes y futuras un patrimonio de menos valor que el que nosotros recibimos. La constatación es idéntica en el campo de la diversidad cultural, aunque haya sido reconocida como el “primer patrimonio de la humanidad” – Artículo 1 de la Agenda 21 de la cultura de Barcelona, 2004 –, cuya destrucción actual (o anunciada) alcanza unas dimensiones jamás igualadas, generando un terreno propicio a la emergencia de nuevas lógicas belicistas.

En este contexto, nosotros consideramos urgente recordar que el acceso de todos a la identidad y a los intercambios culturales, a un nivel de vida adecuado y al consumo básico inherente, a un entorno de vida elegido y a los principios fundamentales de vivir correctamente sin los que el “bienestar” no existiría, pertenecen a los derechos fundamentales enunciados en la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948, y que es responsabilidad nuestra, individual y colectiva, el saber garantizarlos.

“Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros.”

Artículo 1 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948

“Toda persona tiene derecho a un nivel de vida adecuado que le asegure, así como a su familia, la salud y el bienestar, y en especial la alimentación, el vestido, la vivienda, la asistencia médica y los servicios sociales necesarios; tiene asimismo derecho a los seguros en caso de desempleo, enfermedad, invalidez, vejez u otros casos de pérdida de sus medios de subsistencia por circunstancias independientes de su voluntad.”

Artículo 25 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948

Los desequilibrios medioambientales, sociales y económicos son hoy tales que considerar el “bienestar para todos” como eje central de un nuevo proyecto societal (y por ello de la noción de progreso) ya no consiste tanto en volver a las visiones humanistas sino que es una imperiosa necesidad en beneficio de la supervivencia de todos.

Podemos decir cínicamente que, “gracias” a los impactos destructivos y ya incuestionables del cambio climático o incluso a los efectos en cadena de la crisis financiera, las opiniones convergen poco a poco en la idea de que

cambiar de sistema de referencia no es una alternativa: es la única salida posible.

2. El mundo cambia, pero nuestros sistemas de referencia perduran

“Para resolver un problema se tiene que cambiar el nivel de pensamiento que lo creó.” Albert Einstein

Ahora más que nunca este postulado tiene sentido porque plantea una hipótesis para salir del callejón e imaginar las nuevas vías necesarias para la sociedad actual y las futuras generaciones.

Aunque ya no se refute el estado de crisis las herramientas de análisis utilizadas por los responsables políticos y económicos, o incluso el tratamiento estadístico y mediático del “progreso”, siguen refiriéndose directamente al sistema de pensamiento anterior, en el que predominan economía y finanzas. Dos aspectos ilustran perfectamente esta desviación: por una parte, una narración uniforme del mundo hecha a través del rasero único del ultracapitalismo; por la otra, las herramientas oficiales de medición de la “riqueza”.

La trampa de un mundo contado según el rasero del ultracapitalismo

En estas últimas décadas, y como nos lo demuestra Ricardo Petrella¹, hemos aprendido colectivamente un mundo en el que el sentido mismo de las palabras ha cambiado, de tal forma que el referencial comúnmente admitido es que crecimiento económico significa progreso. El “rendimiento empresarial” hace referencia a su capacidad de generar valores para el accionista y a producir al menor coste económico. La “libertad de emprender”, en sí legítima, se ha transformado en lógica sin ley (falta de mecanismos de control, desaparición de la regulación democrática)...

Así es como el sistema productivista nos ha marcado a todos la línea de conducta. Hemos olvidado colectivamente que “crecimiento” quiere decir también “prosperar” y que podemos elegir prosperar sobre todo en “humanidad”, “relaciones humanas”, “educación”, “conservación de la naturaleza”, “seguridad económica y social”, “calidad democrática”, etc.

En estos tiempos de crisis financiera y económica, muchos responsables y medios de comunicación fingen descubrir que la desmesura de la economía virtual tiene un impacto en la economía real (como si las deslocalizaciones a ultranza de las últimas décadas no se hubieran justificado ante todo por lógicas financieras y bursátiles). El neoliberalismo parece tener oficialmente los días contados, y sin embargo el dinero que se decía inexistente para erradicar la pobreza y el hambre en el mundo de pronto corre a raudales para salvar a los bancos. Los analistas económicos siguen basándose en el ánimo del desarrollo bursátil como termómetro del bienestar del mundo. El modelo de desarrollo industrial se va incuestionablemente a pique, pero se está haciendo lo imposible para que el ultracapitalismo renazca en cuanto pase el ciclón, algo ilusorio en nuestra opinión.

¹ *Pour une nouvelle narration du monde – 2007 – Para una nueva narración del mundo – 2007*
Manifiesto del FAIR, diciembre de 2008

El engaño de las herramientas oficiales de medición de la “riqueza”

Desde hace varias décadas estas herramientas nos inculcan que “*fuera del crecimiento económico no hay salvación*”; indicadores económicos y financieros alicaídos conduciéndonos a la fuerza, según parece, a una situación sin salida y de depresión colectiva. ¡Qué importancia tiene el contenido de los flujos financieros (aunque provengan de la venta de armas, de los costes de reparaciones y sanidad entrañados por accidentes de tráfico o incluso de actividades perjudiciales para el medio ambiente) con tal de que aumenten!

Nuestra relación con el desarrollo humano y el bienestar colectivo debe analizarse pues, según nos dicen, en función de como gastamos (en la economía real o virtual) y a través de nuestra capacidad de producción y compra (libres o forzados).

Ahora bien, hoy sabemos que el crecimiento del Producto Interno Bruto, que supuestamente nos informa sobre la salud colectiva de países y regiones, no refleja ni la progresión de la salud social y las relaciones humanas ni la de la conservación de los recursos naturales.

No le interesa, por ejemplo, como están repartidas entre los miembros de la sociedad las riquezas económicas que repertoria; por eso es por lo que no puede lanzar señales de posibles factores de descohesión social. No toma en cuenta los daños provocados por la producción, ni el deterioro del patrimonio colectivo del que está dotada toda sociedad en un momento dado. Ignora, entre otras cosas, las depredaciones de la actividad industrial y comercial al patrimonio natural. Aprecia el cálculo del valor monetario de bienes y servicios producidos y menosprecia otros elementos pese a que están fundamentalmente relacionados con el acceso al bienestar de los pueblos y la conservación de la naturaleza: La calidad del aire y del agua, la aptitud de los individuos para la consciencia y la expresión, la autonomía y la paz, el nivel de educación y salud, la capacidad de la sociedad para mantener a sus miembros en una relativa igualdad de condiciones, el voluntariado, el trabajo doméstico, etc.

Numerosos trabajos ya están demostrando, y desde hace tiempo, que esta visión reductora de los intercambios (en su sentido literal de “un don es la reciproca”) nos induce a error para trazar las perspectivas de un desarrollo humano sostenible. No es necesario ser economista para constatar que “los intercambios Norte-Sur” o “los intercambios comerciales”, etc., no tienen nada que ver con una reciprocidad equilibrada; también demuestran que limitar la noción de riqueza al cálculo monetario y financiero de las transferencias de bienes y servicios es una usurpación del término.

En este contexto ¿bastaría la reforma del PIB, por extensión de las “imputaciones monetarias”, para evaluar el “bienestar” de la sociedad y de todos, en un planeta protegido?. Nosotros no rechazamos por principio cualquier intento en este sentido. Pero este intento, tal y como están las cosas, sólo sería una postura de transición, una contribución a la

contestación de la visión que se nos impone desde hace varias décadas y que asimila crecimiento económico con progreso. La reforma del Producto Interno Bruto es ineficaz si el objetivo enfocado es realmente el del desarrollo *humano* sostenible en todas sus dimensiones.

Un número todavía limitado de indicadores *no monetarios* como, por ejemplo, el Índice de Desarrollo Humano del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (que se está redefiniendo), algunos indicadores de “salud social” o incluso “la huella ecológica” permiten ver de otra forma la evolución de las sociedades y de los recursos naturales. Es un comienzo. Debemos seguir trabajando en la definición de instrumentos de medición para una visión multidimensional del progreso (“el bienestar para todos, en un planeta protegido”), y para que sean objeto de un debate democrático sin interrupciones (para su elaboración y seguimiento). Pero, ¿cómo lo hacemos?

3. Renovar *juntos* nuestros valores y herramientas de pilotaje

Salir de la espiral de destrucciones medioambientales y sociales, de la locura materialista y de la atonía democrática implica hacer tabla rasa de los referentes de actuación que rigen el mundo. Esto supone la elaboración colectiva de referencias, entre otras cosas que nosotros deseamos adoptar ya.

En este ámbito es urgente, por ejemplo, concienciarse sobre la confusión entre las nociones de “nivel de vida” y de “calidad de vida”. También es urgente devolver a la “calidad de vida” un sentido colectivo, no el reducido a un simple añadido de preferencias individuales, sino el que integra los medios necesarios para cultivar el trato con los demás, con la naturaleza y cada uno consigo mismo, o sea, el de estrechar “*la armonía entre los seres humanos y la armonía entre los seres humanos y la naturaleza*”.

Entonces, lo que debemos ejercitar para promover el “bienestar” humano y planetario, y para poder cuantificarlo, es nuestra capacidad para implementar los principios de:

- responsabilidad, y en especial la elección de la “sencillez voluntaria” (ser comedido en la exigencia de “haber” para ser “justos” en el reparto y el uso de los recursos);
- solidaridad (en el sentido literal “*somos parte de un todo*”);
- alteridad, que permite el reconocimiento de cada individuo en sus diferencias y la búsqueda de las interacciones entre todos para constituir nuevas formas de capital social – véase Amartya Sen;
- igualdad de acceso para todos a la dignidad, a los derechos, a los “bienes comunes” materiales (como agua, alimentos, vivienda, etc.) e inmateriales (como educación, cultura, etc.), al bienestar y a una vida placentera.

Redefinir el cuadro de objetivos de nuestra riqueza nacional supone de antemano cuestionamiento y debate sobre lo que entraña “valores” (en el sentido literal: “*fuerzas de vida*”), lo que en realidad cuenta, lo que se implica en los intercambios, sobre el espacio reservado a la dimensión democrática del “bien vivir juntos”.

Parece difícil pensar que este paso pueda darse con neutralidad ideológica, porque precisa tener que optar, así que se plantean muchas preguntas: ¿qué es una sociedad “rica”? ¿Deseamos mantener la postura esquizofrénica actual, marcada por la antinomia entre el llamamiento casi consensuado para adoptar nuevas prácticas de consumo (en nombre de la lucha contra el “excesivo” efecto invernadero y más globalmente del desarrollo sostenible), y la perpetuación de referentes económicos totalmente contradictorios con los retos sociales y medioambientales? ¿Estamos preparados para admitir que el hecho mismo de “estar en sociedad” nos incumbe y que la cohesión de esta sociedad y el equilibrio de los intercambios en su seno constituyen un bien común que tiene un valor?

Así que ya va siendo hora de empezar una reflexión sobre los objetivos de nuestra sociedad, ciñéndonos a la reflexión de Kant: *“El mayor problema del género humano, [...] consiste en llegar a una sociedad civil que administre el derecho de forma universal.”*

En esto no hay un único experto (en economía o en otra cosa) que tenga en exclusividad, por muy competente que sea, las claves para definir los marcos del “bienestar”, del valor de los intercambios y de su análisis. La legitimidad de la definición del proyecto societal y de sus indicadores de evaluación depende de una negociación colectiva y le corresponde al conjunto de los interesados presentes.

Juntos es como debemos decidir si optamos por una postura de adaptación, lo que equivale a mantener el mayor tiempo posible un mundo decadente (a imagen del reciente rescate financiero de los bancos gracias a fondos públicos), o si elegimos otro modelo, con otras referencias.

Sólo volviendo a dar sentido a los intercambios no económicos y a “lo que más cuenta” para nosotros seremos capaces de redefinir la noción de riqueza, de reformular las reglas del reparto, los soportes de intercambio como la moneda, las modalidades de cuenta e incluso los sistemas de redistribución adecuados; haciéndolo, seremos capaces de reponer en su sitio justo (sin ocupar todo el sitio) a la economía.

Es mucho el quehacer, y el reto democrático es muy potente, para que cualquiera pueda imaginarse que un único perfil de actores, una Comisión o una red sea capaz de abarcarlos en exclusiva. En este ámbito muchos participantes asumen la responsabilidad de lanzar sin esperar, a nivel nacional y regional, debates públicos abiertos, pluralistas y apuntalados por la diversidad de expertos, sobre la riqueza y las lógicas de intercambios. Entre esas personas se encuentran investigadores, docentes y otros actores de la educación, parlamentarios (en su doble papel de portavoces nacionales y referentes locales), representantes regionales, sindicalistas, impulsores de partidos políticos, coordinadores de redes profesionales o ciudadanas, etc.

El Foro para Otros Indicadores de Riqueza (FAIR), como grupo plural de actores, tiene la intención de participar en este proceso y selecciona en este marco cuatro orientaciones:

- Aunar y capitalizar las iniciativas de redes, instituciones y regiones para la implementación de nuevos indicadores;**
- Implicarse en una colaboración vigilante con la Comisión Stiglitz, para que ésta pueda:**
 - proponer soluciones de transición, es decir, una evolución significativa, pero provisional, del sistema de cálculo de la riqueza nacional, que se basará en referencias compatibles con las exigencias del desarrollo sostenible;**
 - formular, en el informe destinado al Presidente de la República francesa previsto para la primavera de 2009, recomendaciones para organizar la continuidad del trabajo emprendido (“la poscomisión”) y para apoyar el lanzamiento de un amplio debate público nacional que sea duradero;**
- Contribuir a la invención de un modelo de gobernanza y de sus indicadores, a escala de los retos sociales y democráticos, con la organización directa de eventos cooperativos y con la participación en diversos encuentros.**
- Asociarse activamente, y con una visión de coherencia internacional, a la experimentación nacional y local.**

Coordinó la redacción del presente texto Hélène Combe con la contribución y sugerencias de varios miembros de FAIR, en particular: Florence Jany-Catrice, Dominique Méda, Patrick Viveret, Jean Fabre, Jean-Marie Harribey, Isabelle Cassiers y Jean Gadrey.